

**U**N BIBLIOFILO pobre tiene infinitas ocasiones de sufrir. Los libros no se le escapan de las manos, sino que se le pasan por el aire, a vuelo de pájaro, a vuelo de precios.

Sin embargo, entre muchas exploraciones, salta la perla.

Recuerdo la sorpresa del librero García Rico, en Madrid, en 1934, cuando le propuse comprar una antigua edición de Góngora, que sólo costaba 100 pesetas, en mensualidades de 20. Era muy poca plata, pero yo no la tenía. La pagué puntualmente a lo largo de aquel año. Es la edición de Fop-pens. Este editor flamenco del siglo XVII imprimió en incomparables y magníficos caracteres las obras de los maestros españoles del Siglo Dorado.

Aun ahora no me gusta leer Quevedo, sino en aquellas ediciones donde los sonetos se despliegan en línea de combate, como férreos navíos. Después me interné en la selva de las librerías, por los vericuetos suburbiales de las de segunda mano o por las naves catedralicias de las grandiosas librerías de Francia e Inglaterra. Las manos me salían polvorientas, pero de cuando en cuando obtuve algún tesoro o, por lo menos, la alegría de presumirlo.

## Libros y caracoles

Algunos premios literarios constantes y sonantes me ayudaron a adquirir cierto ejemplar de precio extravagante.

Así y todo, mi biblioteca pasó a ser considerable. Los antiguos libros de poesía relampagueaban en ella y mi inclinación a la historia natural la llenaron de grandiosos libros de botánica iluminados a todo color, de pájaros, de insectos, de peces. Encontré por el mundo milagrosos libros de viajes, Quijotes increíbles, impresos por Ibarra, infolios de Dante con la maravillosa tipografía bodoniana, y hasta algún Molière hecho en poquísimos ejemplares *Ad usum delphini*, para el hijo del rey de Francia.

**P**ERO, EN realidad, lo mejor que coleccioné en mi vida fueron mis caracoles. Estos me dieron el placer de su prodigiosa estructura: la pureza lunar de una porcelana misteriosa, agregada a la multiplicidad de las formas, táctiles, góticas funcionales.

Miles de pequeñas puertas submarinas se abrieron a mi conocimiento desde aquel día en que don Carlos de la Torre, ilustre malacólogo de Cuba, me regaló los mejores ejemplares de su colección. Desde entonces y al azar de mis viajes recorrí los siete mares acechándolos y buscándolos. Pero debo reconocer que fue el mar de París el que, entre ola y ola, me descubrió más caracoles. Todo el nácar de las oceanías había transmigrado a sus tiendas naturalistas, a sus mercados de pulgas.

Y más fácil que meter las manos en las rocas de Veracruz o Baja California fue encontrar bajo el sargazo de la urbe, entre lámparas rotas y zapatos viejos, la exquisita silueta de la *Oliva Textil*. O sorprender la lanza de cuarzo que se alarga, como un verso del mar, en la *Rosellaria Fusus*. Nadie me quitará el deslumbramiento de haber extraído del mar el *Espondylus Róseo*, ostión tachonado de espinas de coral. Y más allá, entreabrir el *Espondylus Blanco*, de púas nevadas como estalagmitas de una gruta gongorina.

Algunos de estos trofeos pudieron ser históricos. Recuerdo que en el Museo de Pekín abrieron la caja más sagrada de los moluscos del mar de China para regalarme el segundo de los dos únicos ejemplares de la *Thatcheria Mirabilis*. Y así pude guardar esa increíble obra en que el océano regaló a China el estilo de templos y pagodas que persistió en aquellas latitudes.

**E**S INFINITO andar y recoger, guardando y preservando. Y sobre todo dedicar esos dones, condecorar tu patria con el regalo del mundo. Con mi ilusorio sueldo de Cónsul de Elección, no me fue posible en mis mocedades juntar mucho y regalar más. Sentí envidia de los grandes ricos de mi país, literarios o no, que pudieron haber llegado hasta el mar australiano de coral, o hasta Maiggs, de Londres, para traer libros o flamígeras conchas. No fue así, pero yo me las arreglé como pude para aplacar mis tentaciones.

Me conmovió una carta de don Juan Egaña, en sus tiempos de Embajador en Inglaterra. Son cuarenta páginas en que describe objetos de arte, de ciencia, de jardinería, para su casa de Peñalolén. Relojes de sol, catalejos, pájaros disecados, libros. Los describe con minuciosidad, con exigencia, con conocimiento y amor. Se ve que cada objeto fue mirado por sus ojos y admirado por sus manos. ¿Dónde estarán?

**P**ARA PRESERVAR del incierto destino las colecciones de que hablo, tomé una resolución. Las regalé a una de nuestras poderosas universidades. Fueron recibidas como dádiva deslumbrante por las hermosas palabras de un rector. Yo cumplía con el deber de hacerlas integrar a nuestro común patrimonio.

Hace quince años de aquella fecha. Nadie las ha visto más. Ni libros ni caracoles parecen existir, como si se hubieran vuelto a las librerías o al océano. Hace años, cuando pregunté por mi donación, me dijeron: "Por ahí está en unos cajones".

A veces pienso: ¿No me equivocaría de universidad? ¿No me equivocaría de país?

Pablo Neruda